

- 1 -

«Tarifa siempre en la vida del fotógrafo»

Wenceslao Segura González
Hijo Adoptivo de Tarifa
Director de Al Qantir

Juan Guerrero Luque nació en Tarifa en el peor de los años posibles: 1940, cuando empezó la hambruna que azotó a España durante varios años y que el pueblo, quizás con un deseo de aminorar aquella tragedia, le llamo «el año del hambre», así en singular, como si hubiera sido sólo uno.

Juan no oculta la miseria que vivió en su Tarifa natal: la escasez de alimento, la frecuente muerte de niños por enfermedades antes innombrables o la pobreza que a todos llegaba, en especial a los más ancianos, que malvivían a la espera de su final.

Juan Guerrero no oculta la miseria que vivió en Tarifa

Vivió en Tarifa la infancia y parte de la adolescencia y con catorce años marchó con su familia a Puerto Real. Se podría pensar que por los pocos años vividos en Tarifa hubiera olvidado esos tristes recuerdos, o que sintiera rencor, o culpara a algún responsable de aquel infortunio.

Pero, no. A sus ochenta años de edad, en Juan sigue viva con inusitada intensidad su infancia en Tarifa. Cuenta lo vivido una y otra



Juan Guerrero enfocando con su antigua cámara Leica, «es guapísima, como una muchacha de veinte años». Fotograma del documental «La caja de cerillas» de David Aiob.

vez, los recuerdos tristes y los alegres, ya sea el llanto de su madre cuando le era imposible dar de comer a sus hijos, como los interminables juegos infantiles en la playa Chica. Hay fuerte sentimiento en sus palabras, pero no se atisba la amargura.

Con ternura, como siempre habla, relata que para ayudarse a dormir hace pasar por su mente el estruendo de las olas de la playa de Los Lances, como si de una nana se tratara; mientras que se le agolpan, con gran persistencia, los recuerdos infantiles en un deseo imposible de volverlos a vivir.

No hay duda del intenso tarifeñismo de Juan Guerrero, o Joan Guerrero como es conocido en su tierra de adopción. Como tampoco nadie duda de su valía profesional como fotógrafo, como así lo reconocen sus compañeros de profesión y del mundo de la prensa, en donde estuvo trabajando durante cuarenta años.

Como tarifeño es una satisfacción saber que nuestro paisano ocupa un lugar destacado en el vida cultural de Cataluña, y que siempre,

siempre, alardea de haber nacido en Tarifa, sin renegar nunca de sus otras patrias chicas: Puerto Real y Santa Coloma de Gramanet. Es andaluz por nacimiento y por deseo, pero igualmente se siente catalán, una tierra que le acogió y en donde nunca se sintió desplazado.

Juan Guerrero es uno de los tarifeños que ha logrado triunfar, alcanzando un lugar de prestigio en el mundo de la fotografía y el fotoperiodismo. Las fotografías que hemos seleccionado para este libro muestran su calidad artística y su habilidad para saber en que preciso momento debe abrir el obturador de su cámara. Juan, o Joan, con un estilo muy personal, es hoy un maestro de la fotografía en España.

«Tarifa siempre en la vida del fotógrafo. El fotógrafo nunca en la vida de Tarifa», se quejaba con cierta amargura Juan Guerrero. Este libro viene a remediar este olvido y pretende dar a conocer a sus paisanos, no sólo su dimensión artística, sino también su calidad humana. Los dos aspectos andan muy unidos, y uno no sabe decidir cuál de los dos merece ser más destacado.

Los primeros años

«La vida en casa fue siempre de estómago vacío» recuerda Juan en su biografía publicada en el año 2019. Su infancia se desarrolló durante los desoladores años cuarenta y él, como tantos otros, pocas veces comía un plato caliente.

«La vida en casa fue siempre de estómago vacío»

Conoció las manifestaciones de la miseria: los piojos que obligaban a pelar a los niños «al cero», los granos purulentos, los golondrinos y tantas enfermedades producidas por la mala alimentación y la deficiente higiene. Pero lo que más daño hizo fueron la tuberculosis y la polio-mielitis, que se llevó la vida de más de un niño compañero de Juan, quien recuerda aquellas «mujeres vestidas de luto casi eterno que contrastaba con los pequeños ataúdes blancos de algún niño muerto por la temida tuberculosis».

La casa familiar estaba en la calle Colón y allí su madre atendía a sus cinco hijos como mejor podía y con muy escasos recursos. Su abuela materna liaba cigarrillos con el tabaco que compraba a las matuteras

que lo traían de Gibraltar. Humilde trabajo con el que pudo salir adelante, e incluso ayudar a su hija para mejorar la vida de su numerosa prole.

Su primer colegio fue el «Miguel de Cervantes» o colegio de la ranita, situado en la plaza del Ayuntamiento. Y en esa zona, -parte alta de la ciudad- se familiarizó con quien iba a ser un compañero inseparable y querido durante su vida en Tarifa: el fuerte viento de levante.

Cerca del colegio está la «Plazuela del Viento» donde, como recuerda Juan, soplaban el levante con una intensidad como en pocos lugares de la población.

Nos cuenta Juan que al salir del colegio los niños corrían atropelladamente en dirección de la playa de Los Lances, que se



«Como fotógrafo soy cazador, no pescador». En la imagen Juan Guerrero con su cámara a la búsqueda de la fotografía. Fotograma del documental «La caja de cerillas» de David Airob.

convirtió en una especie de lugar sagrado para el fotógrafo. En la inmensa extensión de esta playa, Juan sentía la fuerza de los variados vientos que la azotan.

Esta dura climatología propicia que el paisaje cambie con frecuencia. Cada día aquel niño encontraba una imagen diferente a la del día anterior. No es extraño que alguien que haya nacido con sensibilidad, como el caso del futuro fotógrafo, quisiera atrapar las imágenes de esta diversidad. Recuerda Juan Guerrero en cada entrevista que le hacen, que en la playa de Los Lances hizo los primeros encuadres, utilizando a modo de cámara, una caja de cerillas con un agujero en el centro.

Los juegos de piratas en un barco varado en la playa de Los Lances, las zambullidas en el agua y la recogida de erizos en la playa Chica, llenan con otros, los gratos recuerdos tarifeños que siguen viviendo en Juan Guerrero.

Pero todo cambia, incluso lo que parece inmutable. Nos comentaba Juan su deseo de hacer un trabajo fotográfico sobre las golondrinas que pasaban su última noche en los cables de la calle de la Calzada. Le asombró saber que estos pájaros, que en cantidades inmensas esperaban emprender su vuelo por el Estrecho, habían dejado hace años de aparecer por Tarifa, ya sea porque cambiaron su lugar de tránsito o porque, y esto es lo más probable, ya quedan pocas golondrinas.

Cuando aún no había cumplido los diez años, se trasladó con su familia al cortijo de Quebrantamichos, cerca de Zahara de los Atunes, pero todavía en el término municipal de Tarifa. La estancia en el campo vino a añadir numerosos recuerdos en la ya definida alma sensible de Juan.

En el año 1954, a los catorce años de edad, abandonó Tarifa

Las circunstancias laborales de su padre le llevaron de nuevo a Tarifa. Y vuelta a empezar con la vida dura. Con su hermano Lorenzo trataba de ganar algo para el sustento de su familia y como tantos tarifeños de la época, recorrieron el campo buscando algo con que alimentarse.

A los catorce años puso fin a su estancia en Tarifa. Se llevó tristes recuerdos «en un blanco y negro pastoso», pero también gratas experiencias, como las Navidades que «fueron el mejor alimento espiritual para mi futura madurez» recuerda el fotógrafo en su biografía. De Tarifa se llevó otra experiencia que va a marcarle profundamente: la afición al cine, que le va a influenciar tanto en el aspecto personal como profesional.

Puerto Real y Cataluña

Un nuevo cambio en el trabajo de su padre obligó a la familia Guerrero a trasladarse en el año 1954 a Puerto Real, de donde era natural el padre del futuro fotógrafo, que en la década de los años treinta del siglo pasado se había afincado en Tarifa acompañado de su hermano.

En la ciudad de la bahía gaditana, Juan Guerrero pasó diez años que le irían formando como persona. Al igual que con los recuerdos tarifeños, Juan sólo tiene palabras de cariño para Puerto Real, «mi particular arboleda perdida» nos dice. Durante estos años, donde no faltaron «aventuras fascinantes», Juan se va a rodear de numerosos amigos, con los que quedó unido en una sentida y duradera amistad.

Pero la dura realidad se imponía y el joven Juan tuvo que ganarse el sustento. Entró a trabajar en una fábrica de ladrillos, de la que recuerda que hacía jornadas interminables.

Tuvo que vender su cámara para comprar el billete de tren a Cataluña

La afición por el cine se incrementó en estos años, en los que pudo disfrutar de obras cinematográficas que, pasados los años, serían determinantes en su carrera profesional. Entre ellas está una de las películas cumbres del neorrealismo italiano, *Ladrón de bicicletas* de Vittorio de Sica y la no menos impactante *Los 400 golpes* de François Truffaut, una de las películas definitorias de la *Nouvelle Vague* francés. A estos cineastas le seguirían Bergman, Bardem, Eisenstein, Berlanga, Buñuel,...

En Puerto Real compró su primera cámara fotográfica, una

Voigtländer, que en el año 1964 tuvo que vender para comprar el billete que le llevaría a su nueva tierra. «Con un hatillo bajo el brazo», cuenta Juan, cogió en la estación de Puerto Real el tren que llamaban «El Sevillano», que le llevó a Barcelona, donde ya se encontraba su hermano Lorenzo.

En la capital de Cataluña tuvo que hacer diversos trabajos. Fue peón haciendo la carretera del Tibidado, trabajó en una fábrica de maderas, después en una fundición,... y así se estuvo ganando la vida



Piedra diseñada y regalada por el fotógrafo Julio Carbó a su amigo Juan Guerrero, con referencia a Tarifa y a Santa Coloma.

como tantos andaluces que emigraron a una tierra que les era extraña.

Juan Guerrero fue un emigrado forzoso, mantuvo la añoranza de su tierra andaluza y fue consciente, como luego ocurriría desde otra perspectiva, que la emigración es un drama colectivo.

Al segundo año de su estancia en Cataluña se trasladó a Santa Coloma de Gramanet, allí hizo su vida y allí permanece, donde se siente querido y valorado. Una población a la que ha dedicado una parte importante de su trabajo fotográfico.

En sus primeros años en aquella ciudad medio andaluza medio

catalana, empezaría su carrera fotográfica. Fotografiaba sin cesar el día a día del pueblo llano de la periferia de Barcelona. Son imágenes en blanco y negro donde se registran los descampados que luego se convirtieron en urbanizaciones, los mercadillos populares, las orillas del río Besós, los niños jugueteando en los últimos reductos de una naturaleza pronto a desaparecer, en fin, la vida cotidiana de una generación de inmigrantes que hicieron de aquella tierra de acogida su nuevo hogar.

Esta primera obra fotográfica de Juan Guerrero tiene hoy un valor documental de primer orden, sus imágenes son la historia de la explosión demográfica que sufrió Santa Coloma entre las décadas de los años sesenta y setenta del siglo pasado.

Pero el fotógrafo tarifeño no sólo descubrió en Santa Coloma las imágenes de un mundo duro pero vivo, sino como él mismo dice «hallé la grandeza de la solidaridad y el compromiso sagrado de la lucha por crear un mundo en que los que no tienen nada, tienen».

*Ha trabajado en los diarios
'El Correo Catalán',
'El Observador', 'El Periódico' y
finalmente en 'El País'*

En el libro *En tierra amiga* publicado por la Junta de Andalucía en 1999, Juan Guerrero resumió en la dedicatoria su sentimiento por las ciudades en que vivió: «A Tarifa, mi pueblo. A los esteros y salinas de mi lejano Puerto Real. A Santa Coloma de Gramanet, reflejo de tantas culturas: alegre, joven, entrañable, solidaria... catalana; también mi pueblo» y terminaba la dedicatoria «Y, a Pedro y a Salvadora mis padres, andaluces que para siempre aquí quedaron».

El periodismo y la fotografía

A final de 1968 el sacerdote Jauma P. Sayrach, al poco tiempo de ser destinado a Santa Coloma, fundó la revista *Gramma* con el proyecto de impedir que aquella población se convirtiera en un dormitorio inhumano.

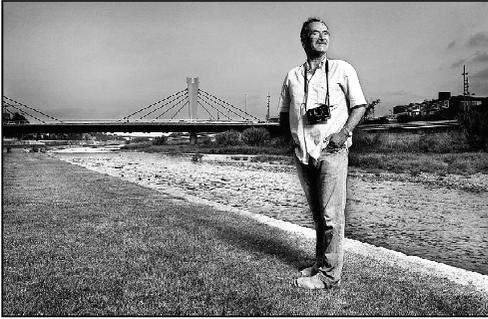
Joan Guerrero: material sensible

XAVIER MORET

Hace muchos años cuando las cámaras dignitas aún no escapaban al mercado, se solía clasificar bien por el tamaño de material sensible las carretas de negativos que impresionaban los fotógrafos. Es un buen nombre, sobre todo si lo aplicamos a Joan Guerrero, el hombre que aparece en la foto con el río Besòs al fondo. La de material sensible le va como anillo al dedo por dos razones: porque Joan es un consumista de la vida social que se ha mantenido fiel al negativo y porque, como ha podido verse en la amplia colección de fotos publicadas en esta misma página a lo largo del mes de agosto, Joan es un fotógrafo que detalla siempre grandes dosis de humanidad.

Son muy raras las fotos de Joan Guerrero en las que se aparecen personas. Y es que, a sí le gusta precisamente captar el factor humano de la realidad, impresionar esa foto que, como el mismo dice, "pasa a través del alma de la gente para hacerla más solidaria".

Joan Guerrero se ha jubilado recientemente, al cumplir los 65 años, para dedicarse a lo que le entusiasma: salir con sus cámaras a hacer fotos. Lo sabemos porque Joan ha llegado a ser insubstituíble de su cámara y porque para



Recorte del diario *El País* con la sección «La ventana de Guerrero», donde un escritor comentaba las imágenes del fotógrafo tarifeño.

Al año siguiente Juan Guerrero se ofreció a colaborar en esa revista y por fin pudo ver publicadas sus fotografías. «Ver aquellas primeras fotos impresas fue una ilusión que cuesta explicar», recordaría Juan muchos años después. También aprovechó las páginas de la publicación colomense para escribir sobre el cine en blanco y negro de los directores que él admiraba.

Por aquellos años cambió su nombre por Joan, al menos en el ámbito público, lo hizo como expresión de agradecimiento a la tierra que le había acogido y que siempre le trató tan bien.

En la década de los setenta se convirtió en fotoperiodista, profesión en la que anduvo por treinta y cinco años. Primero entró a trabajar en *El Correo Catalán*, pero como corrector en la imprenta. Luego pasaría al laboratorio de revelado del mismo diario y finalmente dio el salto a fotógrafo de prensa.

En esta profesión se le conoció por su compromiso social, por su visión comprometida que impregnó las fotografías que hacía en Santa Coloma, en el barrio de la Mina o en el Raval de Barcelona.

Luego vendrían otros periódicos, *El Observador*, *El Periódico* y finalmente *El País*, donde se jubiló en el año 2005. El mismo año en que

este diario abrió la sección «La ventana de Guerrero», que al contrario de lo habitual, un escritor comentaba alguna imagen del fotógrafo tarifeño. Xavier Moret, Emilio Manzano, Margarita Rivière, entre otros muchos tuvieron la oportunidad de desentrañar las fotografías de Joan Guerrero.

Durante aquellos años de fotógrafo de calle le ocurrieron, como cabe suponer, numerosas anécdotas. Como aquella en que la guardia urbana le quitó el carrete por fotografiar a una persona que había caído al suelo por el intenso calor. O cuando los trabajadores de Parques y Jardines quisieron agredirle por fotografiar el trabajo de poda de los árboles. Otras aventuras fueron más serias, entre ellas recuerda Joan Guerrero cuando la Policía Nacional le trató como un delincuente y le quitó el carrete por fotografiar los antiguos cuarteles de Sant Andreu que estaban repletos de inmigrantes.

La solidaridad

Joan Guerrero mantiene un compromiso social, tanto a nivel personal como profesional. Habiendo participado en numerosos proyectos sociales, asociativos y políticos.

Durante su permanencia en Puerto Real inició esta andadura cuando con un grupo de amigos fundan la asociación Vanguardia Obrera Juvenil. La llegada a Barcelona en pleno franquismo, le va a ofrecer afiliarse clandestinamente a organizaciones obreras. Primero fue el Frente Obrero de Cataluña, donde era conocido con el nombre de guerra de Zampanó, en recuerdo al personaje de la película *La Strada* de Federico Fellini.

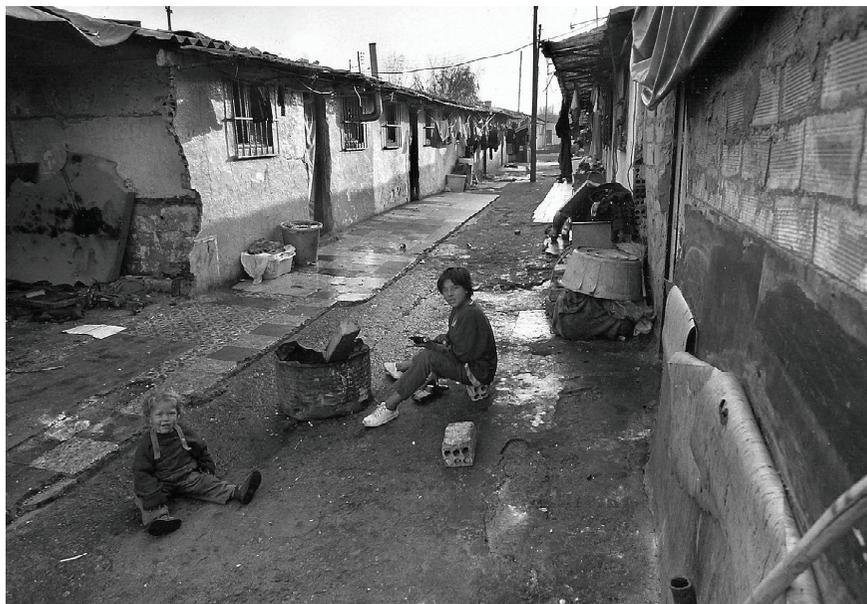
Estuvo afiliado al PSUC, a Comisiones Obreras y a otras organizaciones sindicales

Cuando trabajaba en una fundición se afilió a Comisiones Obreras, donde «soñaba con cambiar un mundo injusto» y posteriormente en el mismo sindicato formó parte de la federación de Comunicación y Transporte. También perteneció a la Juventud Obrera Católica, organizada

dentro de Acción Católica Española.

En el tardofranquismo perteneció al potente Partido Socialista Unificado de Cataluña, PSUC, de orientación comunista, del que todavía conserva el carnet con una dedicatoria del poeta Rafael Alberti. «Me considero un hombre de izquierda, debería serlo aunque no lo quisiera, y este sentimiento se transmite en mis fotografías de manera más o menos exagerada», confiesa Joan Guerrero, aunque de él se ha dicho que «sus fotografías se proyectan más en el Evangelio que en el Manifiesto Comunista». Y el propio fotógrafo reconoce que sus últimos trabajos beben del ideal de la Teología de la Liberación que conoció en sus viajes por Latinoamérica.

Con la llegada de la democracia se desligó de su pertenencia a cualquier partido político, pero no abandonó su participación en otros movimientos. Formó parte de la gestora de la Asociación de Profesionales de Prensa y Medios de Comunicación de Cataluña, que luego se transformaría en el sindicato de la imagen UPIFC, del que Joan Guerrero



El compromiso social es una constante en la obra fotográfica de Joan Guerrero.

participó en su primera junta de gobierno.

Su compromiso social ha ido cambiando, a la vez que lo ha hecho la sociedad. En este sentido, en el año 2005 conjuntamente con un grupo de amigos, fundó la asociación Gramanet Imagen Solidaria, dirigida por el obispo Pere Casaldàliga. Años más tarde se embarcó en la fundación de la asociación Cataluña Miradas Solidarias, que desarrolla actividades relacionadas con temas solidarios, culturales y de justicia social.

Un fotógrafo social

No es posible quedar indiferente ante una fotografía de Joan Guerrero. Son imágenes en un falso blanco y negro que rezuman un intenso colorido.

Joan ha sido un autodidacta y desde sus comienzos en la década de los años sesenta del siglo pasado se ha centrado en la fotografía social. Se ha forjado a sí mismo a base de lucha y esfuerzo. Hoy es un reconocido fotógrafo, al que sus compañeros llaman «maestro».

Se hizo fotógrafo en la calle, en unos años de intenso movimiento popular. Los barrios pobres de la periferia barcelonesa han sido su estudio fotográfico. No ha dudado que sus instantáneas reflejen la realidad, sin darle una belleza que la distorsione. Esta temática social no ha variado con el paso de los años; ha cambiado el tipo de personajes que retrata, pero en el fondo su fotografía sigue teniendo el mismo estilo.

Empezó fotografiando la emigración española a Cataluña y ahora es la emigración extranjera, tan variada, la que da vida a sus imágenes.

La fotografía de Joan Guerrero es como él, está llena de humanidad y sensibilidad. Son escasas la fotografías de paisajes. Lo que le interesa son las personas, las personas corrientes, que se convierten en el centro de una historia en sus fotografías.

Como se puede apreciar en la colección fotográfica que hemos recopilado en este libro, la habilidad del fotógrafo tarifeño consiste en el contraste de las personas que retrata y el medio en que viven. No se siente un artista, pero tiene el don de saber el momento exacto en que hay que hacer una foto y esto, aunque él lo niegue, es un verdadero arte.

Nadie mejor que Joan Guerrero ha sabido definir su pretensión en la fotografía: «Creo en la imagen sin trampa, humilde y sencilla» ■